

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS DE LA ORDEN

Ambientación

Alegrémonos toda la comunidad en el Señor al celebrar el 1650 aniversario del nacimiento de N.P.S. Agustín y la fiesta de todos los santos de la Orden, que han muerto con Cristo y que con él han sido glorificados. Estos hermanos nuestros han respondido a la llamada que nos hace la Escritura “sed santos como vuestro Padre celestial es santo”. Han tenido una vida semejante a la nuestra anunciando la Buena Noticia a los hombres, evangelizando a través de la tarea educativa, llevando el Evangelio a los más necesitados y a través de la tarea formativa, pero todos ellos han sabido llenar de amor cada uno de sus días. En su vida han realizado la voluntad de Dios en cada una de sus misiones. Y por eso el Señor de la Vida y de la Muerte les llama Bienaventurados, que su vida y su testimonio sea estímulo y consuelo para todos nosotros.

Preces

1. Por la Iglesia, para que sea un fiel reflejo de las primeras comunidades cristinas; que el Señor la fortalezca con hombres que vivan el carisma agustiniano y sean en el mundo testigos de la caridad fraterna.
R/ Escúchanos Señor.
2. Que las actividades de nuestra Orden te sean agradables Señor; que todas nuestras tareas pastorales, educativas, misioneras sean un auténtico testimonio de comunión.
R/ Escúchanos Señor.
3. Para que san Agustín y todos los santos de nuestra Orden que han sabido vivir el carisma agustiniano nos ayuden a ser fieles a nuestra vocación; que el Señor envíe nuevas vocaciones a nuestra Provincia que caminen por las sendas de la santidad.
R/ Escúchanos Señor.
4. Por todas las comunidades de nuestra Provincia para que sean un auténtico testimonio para la Iglesia y la sociedad; que cada uno de los hermanos trasmita los valores de la búsqueda de Dios, la amistad, la fraternidad.
R/ Escúchanos Señor.
5. Por nuestra tarea evangelizadora en los colegios, en las parroquias, en la formación; para que los niños, los jóvenes, los padres, los profesores descubran la presencia de Dios en nuestra misión.
R/ Escúchanos Señor.
6. Por todos los pobres, los enfermos, los que tienen hambre, los perseguidos que entran en contacto con nosotros; para que puedan experimentar el consuelo, la riqueza, la hartura y la recompensa de Dios.
R/ Escúchanos Señor.

Reflexión sobre san Agustín

En la experiencia de la conversión de Agustín, impresiona la nota de felicidad que acompaña al santo propósito de entregarse totalmente al servicio del Señor. Ahora que se ha vuelto a encontrar en el Señor en la seguridad de su amor, le parece mentira poder realizarse plenamente por medio de la contemplación de su belleza y a través de la experiencia cada vez más profunda de su amor en la vida común, en las relaciones de amistad y de fraternidad.

Agustín es un entusiasta de la vida monástica, entendida como elección de total consagración en la vida común; porque la considera la más profunda experiencia de amor, sin exclusiones. El amor de Dios en primer lugar, un amor personalísimo y concretísimo, alimentado por una búsqueda apasionada y sin fin; a la vez el amor de los hermanos, igualmente personal y concreto, la prueba más evidente de la presencia y del crecimiento del amor de Dios. Agustín ve al cabo realizarse en la experiencia monástica su más insistente deseo, que lo ha perseguido durante años y lo ha vuelto inquieto, el de hacer una experiencia de amor que a la postre no resulte relativa, parcial. En el servicio del Señor, y de los hermanos –convertido totalmente al Señor, y por eso mismo, de lleno a los hermanos- encuentra la plenitud, el máximo concedido a un hombre sobre esta tierra. Por eso siempre está contento, en medio de las dificultades incluso, y siempre consigue contagiar con su alegría a nuevos amigos (In Ps. 99).

Nosotros, religiosos, nos debatimos hoy entre grandes dificultades de crecimiento y desarrollo. Entre las razones que de nosotros dependen –además de las dependientes de la sociedad en que vivimos- está sin duda la pérdida de entusiasmo y de alegría de nuestra vocación: ésta no lo dice todo para nosotros y dice poco a los otros. Quizás el objetivo de nuestra elección de vida no es para nosotros tan claro, ni tan determinante, como lo fue para Agustín. Tal vez Dios está aún demasiado abstracto y distante, no es todavía “el más bello entre los hijos de los hombres”(Cf. In ps. 44); no es tan concreto y amable en cada hermano que vive junto a nosotros.

Cambian los tiempos y las estructuras, pero no puede cambiar el alma de la vida religiosa, que Agustín encarnó de modo tan fuerte y original: a saber, la alegría por haber encontrado un tesoro que es Cristo Señor, contemplado y amado en esta humanidad que es cada uno de nosotros y cada uno de los hermanos en los cuales Cristo se identifica.

Tal vez tengamos necesidad de recuperación a nivel de contemplación y de amor, que son, después de todo, dos vertientes de la misma experiencia. Sólo si estamos “enamorado de la belleza espiritual” podremos difundir “el buen olor de Cristo”(Regla, 48). Y esta belleza espiritual es Cristo mismo, buscado y amado por doquier en el camino de los hombres, como el único que llena nuestro corazón.

Esta conversión nuestra a la alegría de la consagración es tanto más reclamada por las exigencias de nuestros contemporáneos cuanto que ellos se esperan un testimonio coherente, una prueba concreta de que es posible encontrar al Señor y tener con él una relación personal, y quieren constatar que dicha relación puede cambiar realmente la calidad de la vida y de las relaciones humanas.

Como sucedió ya en Agustín, también nuestra conversión de religiosos sería un don precioso para la Iglesia y el mundo de hoy. Podría significar una indicación precisa de esperanza para tantos extraviados que se han perdido a sí mismos y a Dios dentro de ellos. Podría consistir, esta conversión nuestra, en un ajustado programa de amor por el hombre, por cada hombre que el Señor pone en nuestro camino: para acoger en él, en su situación, las mismas instancias de Dios; para ayudarlo a reencontrarse a sí mismo, su unidad interior; para sostenerlo en la valoración de su mundo interior y en el logro de su autonomía interna. Programa comprometido y atrayente, pero ligado de lleno al entusiasmo con el cual conseguimos expresar nuestra consagración y la satisfacción de nuestro compromiso religioso.

Oración de acción de gracias

“Yo te invoco, Dios mío, misericordia mía, que me creaste y no olvidaste al que se olvidó de Ti. Te ruego que vengas a mi alma que creaste para que te acoja con el deseo que inspiras. No abandones a quien te suplica. Antes de que te llamara, Tú me has prevenido y me has llamado insistentemente de varias formas para que llamara a Ti, que me llamabas a mí. Borraste todo lo malo que me había merecido, para que no tuvieras que castigar estas mis manos, con las que me alejé de Ti; y preparaste con anticipación todos mis méritos buenos para premiar las obras de tus manos con las que me hiciste. Porque antes de que yo fuera, ya existías Tú; y yo no era algo como para brindarme el don de la existencia.

Sin embargo, he aquí que existo gracias a tu bondad, que en mi persona se ha adelantado a todo: a lo que me has dado de ser y a aquello de donde me has dado el ser. Porque ni tu me necesitaste, ni yo soy un bien que pudiera servirte de ayuda, Señor y Dios mío, ni con el que te pudiera servir como si te hubieras cansado de crear o fuera menor tu poder al verse privado de mi contribución. Tampoco es como si el culto que te rindo pudiera compararse al cultivo de la tierra, de manera que seas un campo sin cultivar si yo no te cultivo. Al contrario, estoy para servirte y para darte culto, para que mi felicidad me venga de Ti, pues de Ti me viene la capacidad de ser feliz” (Confesiones, XIII, 1, 1).